

## Cuento

# Lila o el otoño

Rodrigo Pérez Sansores Mondragón

Centro Educativo Jean Piaget



Todo fue muy extraño. Ahora que lo pienso, ahora que todo ha pasado, todavía me cuesta trabajo entenderlo.

Todo cambió cuando ella vino. Realmente ella era muy extraña. Su rareza siempre me desconcertó y creo que por más esfuerzos que hice, lo único que logré retener de ella fue su misteriosa presencia. Pude captar ese algo que tenía en su persona y que yo sé bien que existía, pero que no me es posible definir con facilidad.

¿Cómo era ella, por qué vino?

No puedo explicarlo claramente. Tengo miedo de llegar a perder el extraño y grato sentimiento de su presencia al tratar de hacer una explicación concreta. Yo sólo sé que las cosas nunca habían sido así y que nunca volverán a ser iguales. Esto sucedió en mi vida y no se puede relacionar con nada más.

Fue un otoño. Un otoño intenso, único, vivificante y para mí no volverá a haber otros otoños; al menos no como éste.

La necesidad de pensar sobre los últimos acontecimientos de mi vida, de hacer una recapitulación sobre ellos y de trazar planes futuros, me condujo a tomar un largo descanso en la costa. A últimas fechas mi actividad como escritor había decaído. En un período casi febril había escrito mucho y llegó el momento en que me costaba bastante trabajo ordenar mis ideas. Había llegado al punto en que me resultaba muy difícil escribir cualquier cosa.

Por otro lado, aunque estaba obteniendo muy buenas utilidades con lo que habían publicado mis editores, no me sentía satisfecho con mi estilo. No porque fuera malo, ya que mis libros cada vez tenían mayor demanda. Precisamente éste era el punto crítico. En mí estaba surgiendo una fuerte necesidad de cambiar. Era el momento adecuado y sabía que podía hacerlo. Pero, ¿cómo?

Tenía la sensación de que mis sentimientos, pensamientos y actitudes ante la vida habían sufrido sensibles modificaciones. Ya no me interesaba escribir para complacer a los grandes y eternamente insatisfechos grupos de consumidores de lectura. Mi necesidad de crecimiento me llevaba a buscar una disciplina moral, mental y espiritual que nunca había tenido, o cuando menos, que nunca había experimentado conscientemente.

Por otro lado, también quería escribir obras más profundas, de mayor contenido, a pesar de que sólo llegarán a una minoría, cuyo valor estribaría en ser más selecta.

Tenía la impresión de que en el pueblo me iba a encontrar con algo muy especial. Sentía un poco de miedo y a la vez curiosidad.

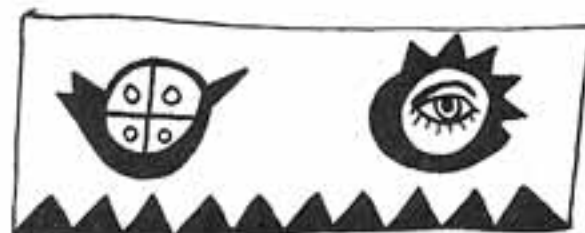
## Aunque irradiaba juventud, se sentía en ella una nostalgia formada por muchos años de sufrir y callar

A cada momento era más fuerte el vértigo que me producía la proximidad del tren a Santa Cruz. Mis recuerdos me asaltaban violentamente. Mi infancia, con sus árboles, con sus ríos, con los mágicos cuentos de la abuela, con las horas dormidas del atardecer, con su olor a polvo y sus sonidos lejanos y con la larga espera para empezar el juego. Mi adolescencia con los sueños, los amores furtivos, los versos, las largas caminatas en las tardes de lluvia, la fantasía y los asombros y las interminables meditaciones nocturnas. Y después, todo aquello que me llevó a Santa Cruz, lo bueno y lo malo.

Todos estos recuerdos, todos juntos, inseparables, de golpe me invadían, me asaltaban y me hacían sentir indescriptibles emociones.

Algo me hacía pensar en un principio que iba a encontrar esto y ahora ya lo estaba encontrando. Me estaba encontrando a mí mismo y precisamente como yo quería.

Santa Cruz es un pueblo quieto, muy tranquilo, ideal para el descanso. La gente vive de la pesca y de un incipiente comercio. Las casas de la gente del pueblo se encuentran apiñadas



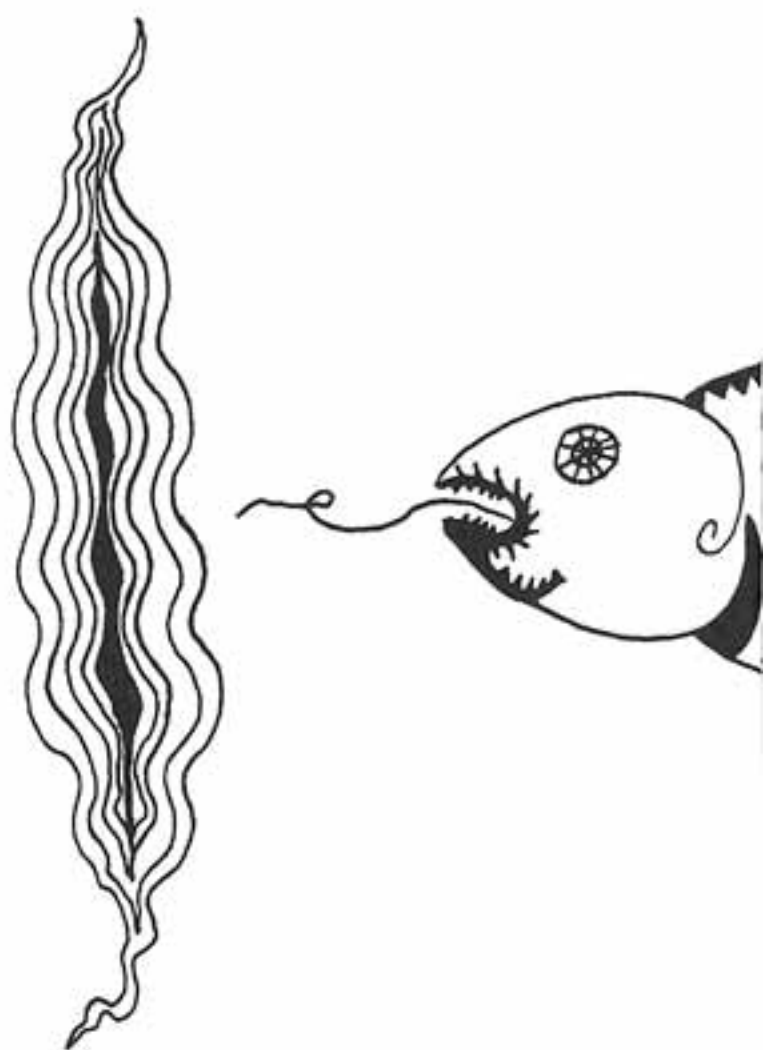
muy cerca del mar. La mayor parte de ellas son limpias, frescas y están pintadas de blanco. En los alrededores del pueblo, en las partes altas, se localizan las casas de descanso de la gente de la ciudad.

En esta época del año el mar en Santa Cruz tiene una coloración verde oscura. Las gaviotas en multitudes revolotean excitadas llevando a cabo una danza frenética sobre el mar y la playa, presintiendo el cambio de estación y anunciando su deseo de emigrar con fuertes chillidos.

La humedad invade al pueblo y el clima es muy fresco.

La casa que alquilé estaba situada en la parte más alta de los alrededores y desde ahí se podía ver el caserío y el mar.

Me gustaba mucho observar una parte en especial, en la cual se alzaban enormes formaciones rocosas azotadas por las olas en su constante ir y venir. Entre este punto y el caserío se localizaba el lugar en donde los pescadores guardaban sus embarcaciones y los implementos que utilizaban para la pesca. Para llegar a la casa que alquilé era ne-

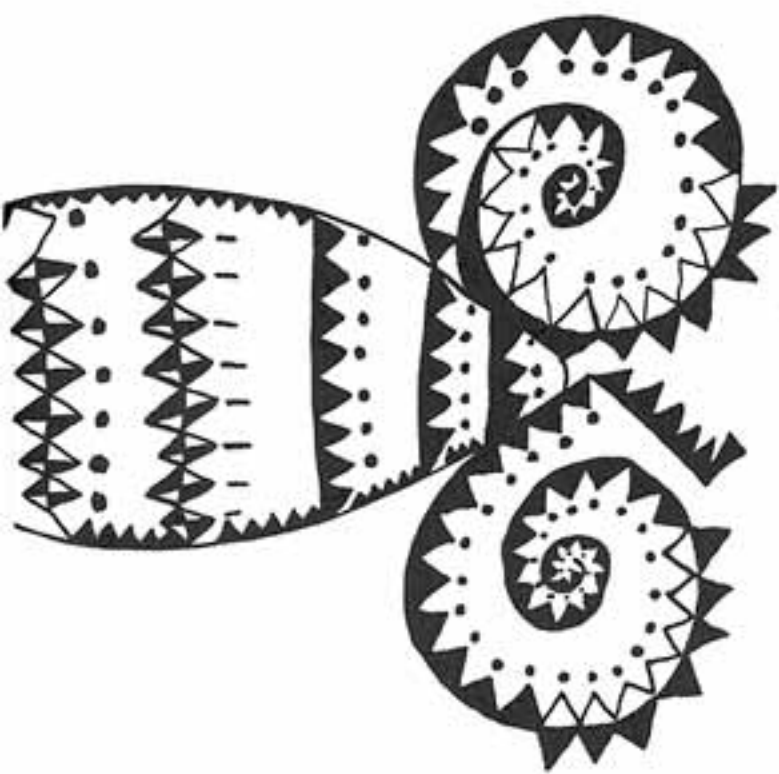


cesario recorrer un largo y serpenteante camino entre grandes llanuras que en esta época del año estaban prodigiosamente verdes debido al clima húmedo y lluvioso que prevalecía en Santa Cruz. Al fondo servían de escenario elevados promontorios de roca que sugerían la milenaria presencia de los montes.

Pronto me adapté a la vida tranquila y monótona del pueblo. Esto sirvió para calmar mi convulsionado espíritu y para tratar de poner las cosas en orden. Sin embargo, una fuerte melancolía me había invadido. Aunque me sentía triste, gozaba con ello pues me daba cuenta de que mi sensibilidad hacia la vida no se había perdido. En cierta forma persistía la confusión, pero la seguridad de descubrir algo mejor dentro de mí, me alentaba constantemente. De todas maneras, yo no tenía ninguna prisa por volver a la ciudad, ya que podía disponer de todo el tiempo que quisiera.

Casi a diario bajaba al pueblo una o dos veces con el fin de hacer algunas compras y de satisfacer mi curiosidad. En ocasiones pernoctaba en un peque-





FRILLO

ño café y aprovechaba estos momentos para charlar con la gente.

Como resultado de estas experiencias, cada vez me fui sintiendo más a gusto en Santa Cruz. Caminar se convirtió en mi entretenimiento favorito. Gozaba haciendo largas caminatas por las pequeñas playas, deteniéndome de cuando en cuando entre los riscos, donde me sentaba y me ponía a meditar. Podía pasarme largas horas entre el mar y los riscos. Un algo de sueños y recuerdos marinos se agitaban en mi pecho cada vez que contemplaba el mar. Sentía que una voz interna muy fuerte me llamaba poderosamente para que fuera a llenarme de marismas y de vientos.

Me gustaba mucho también hacer estas caminatas por las partes altas de Santa Cruz, subiendo y bajando por pequeñas colinas y llenándome del ambiente fresco y verde del lugar. Cuando me sentía cansado regresaba a casa y me ponía a leer. Por las noches miraba el cielo y me entretenía contando las estrellas hasta quedarme dormido. Nunca antes llegué a ver tantas estre-

llas, ni un cielo tan hermoso como el de este lugar del sur.

Todo el ambiente formaba una unidad colmada de símbolos y de vida y al alcance de cualquiera que solamente pudiera abrir sus sentidos.

Así pasó algún tiempo.

La primera vez que la vi, fue en el pueblo. Yo me encontraba tomando café en el lugar acostumbrado y ella pasaba por la calle. Era evidente que también se encontraba por un tiempo en Santa Cruz.

Me resultó difícil imaginarme de dónde era. Tenía un aire tan extraño que era imposible verla como una mujer común. Vestía toda de blanco. Su piel era clara y su pelo largo y de color castaño. Usaba lentes notoriamente transparentes. Sus rasgos faciales le daban un aire de lugares lejanos. Sus ojos, ligeramente rasgados, evocaban en ella misterios orientales. Su cuerpo grácil y su andar ligero y extraño tenían una armonía única. A pesar de que parecía una mujer fría y distante, tenía en su persona algo que sugería al mismo tiempo fragilidad, sensibilidad, sufrimiento y pasión.

Después de esta primera vez que la vi, empecé a sentir una fuerte necesidad de pasar más tiempo en el pueblo. Esto permitió que la encontrara nuevamente en varias ocasiones y en diferentes lugares. Su aspecto siempre reservado, me hizo pensar que no se había fijado en mí. Parecía como que para ella no existía nada ni nadie. Daba la impresión de que sus pensamientos y sentimientos estaban muy lejos. En cambio, yo empecé a notar que cada vez pensaba más en ella y al mismo tiempo experimentaba un fuerte deseo por conocerla. De esta manera pasaron varios días.

En una ocasión en que me encontraba en el café, ensimismado, leyendo mi correspondencia, mi sorpresa fue mayúscula cuando la vi entrar. Casi no lo podía creer. Ella en persona. Ella en

toda su magia y misterio. Ella con su extraña belleza.

Se sentó ante una mesa y pidió café y ron, la bebida favorita de los pescadores de Santa Cruz. Lucía un tanto nerviosa y agitada. Sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca, sin embargo, no encontró con qué encenderlo, cosa que obviamente la contrarió. Esta fue la mejor oportunidad para acercarme a ella y hacerle plática. Le encendí el cigarrillo recibiendo a cambio una mirada muy curiosa y un "GRACIAS", que sonó a canción.

¿Me permite sentarme con usted?, inquirí, mientras hacía el movimiento para colocar una silla.

—Por supuesto —respondió.

—Me llamo Guillermo.

—Mi nombre es Lila.

—Es un nombre poco común y hermoso y se lleva bien con usted.

—Oh, muchas gracias. Es usted muy gentil.

No me había equivocado. Ahora confirmaba que ella era como la ima-

giné desde la primera vez que la vi. Sus lentes constituían una barrera de frialdad, casi impenetrable, pero que en algunos momentos dejaba un camino abierto que permitía llegar hasta lo más íntimo de ella, pudiendo apreciarse una gran sensibilidad matizada por algunas decepciones y fracasos ante la vida. Así mismo, sus lentes, que le daban una fachada de frialdad y desinterés ante lo que la rodeaba, ocultaban una enorme pasión. De inmediato me figuré que era como una campana del más fino cristal, fácil de romperse, pero que sabiendo tañerla, emitiría sonidos muy hermosos.

Por su aspecto resultaba difícil determinar su edad. Aunque irradiaba juventud, también se sentía en ella una nostalgia formada por muchos años de sufrir y callar. Una nostalgia que contenía muchas tardes de soledad y muchas noches de insomnio. Búsquedas constantes, ayunas de logros.

Por otro lado, este primer encuentro me desconcertó. Tuve la impre-



sión de que por momentos estábamos muy próximos el uno al otro, identificados en nuestras inquietudes; pero también hubo momentos en que un abismo nos separaba, no habiendo voluntad en ninguno de los dos para reducirlo.

Lila y yo nos seguíamos viendo. Algo había que nos hacía buscarnos; no siempre fueron gratas nuestras reuniones y en ocasiones llegaron a ser muy decepcionantes. Sin embargo, no cedíamos.

Por lo pequeño del pueblo y las pocas cosas que se podían hacer, fácilmente nuestros horarios se adaptaron, encontrándonos frecuentemente en el mercado, en la plaza principal, en el café, en el embarcadero, en la playa. Casualmente su casa se encontraba situada en la misma zona que la mía, lo cual daba motivo para que al final de todas nuestras actividades camináramos juntos por el largo y serpenteante camino que conducía hasta ellas. La casa de Lila estaba antes que la mía, por lo que siempre hacíamos un alto para despedirnos y después continuar cada quien por su lado.

Nunca fui a su casa y en cierta forma los obstáculos que ella me ponía para evitar que me metiera en su mundo aumentaban el misterio que la rodeaba, pues debido a esto la fui conociendo —creo—, más por lo que yo suponía y fantaseaba en torno a ella que por lo que realmente me permitía ver. Lila era muy hermética.

Sutil y lentamente, ella fue entrando en mi vida, aunque a veces me desalentaba mucho lo infructuoso de nuestras relaciones. Predominaba en mí el temor a caer en un enredo emocional muy serio, por lo que siempre estaba dispuesto a convencerme rápidamente de que ésta era una simple relación amistosa y nada más. No obstante, había momentos en que me sorprendía a mí mismo haciendo largas evocaciones sobre su persona.

Me di cuenta de que todo empezaba a resultar más significativo para mí, a partir de que conocí a Lila. Para nombrar el campo, el cielo, el viento, la lluvia, bastaba con que repitiera su nombre y como por encanto todo acre-



centaba su belleza. Por las noches me sentaba en el quicio de la puerta de la casa y pasaba largas horas mirando el cielo, buscando entre las estrellas las que formaban el nombre de Lila.

Un día me desperté contrariado y molesto. Me quedé en la cama más tiempo del que acostumbraba y me di cuenta de que mi malestar se debía a que estaba formando una quimera en torno a Lila. La estaba idealizando y lo que imaginaba con relación a los dos era más de lo que realmente existía. Me estaba metiendo en un conflicto y pensaba que de esta manera el propósito de mi viaje a Santa Cruz se iba a perder y como resultado, yo iba peor que como había venido.

Decidí terminar mi relación con Lila. A partir de ese día sólo bajaba una vez al pueblo y a hora muy temprana. Compraba lo necesario y regresaba a mi casa donde pasaba el resto del día. Al principio me asediaba violentamente el recuerdo de Lila, pero a medida que pasaba el tiempo me iba acostumbrando a estar sin ella, al punto de que casi la olvidé. Volví a estar tranquilo y en paz.

Pasó el tiempo.

Una mañana, en pleno corazón del otoño; una mañana húmeda, clara, con el cielo cuajado de nubes frescas, el campo más verde que nunca y el pueblo de pescadores reluciente en su blancura y apacible en su tranquilidad. Una

mañana que como ninguna invitaba a tomar café y ron, yo me encontra-



ba escribiendo en mi mesa de trabajo junto a la ventana y desde ahí dominaba el paisaje.

De pronto me sorprendió ver a alguien que subía lentamente por la colina, rumbo a mi casa. Era una mujer, era Lila. El corazón me empezó a latir más apresuradamente que nunca, y como en los momentos en que una gran emoción me invadía, empecé a respirar con dificultad. Suéter blanco, pantalón azul marino y botas formaban su atuendo. Esta vez venía sin lentes y con el cabello suelto, lo cual le daba mayor naturalidad a su rostro. Su andar era

pausado, destacando más su figura delicada. Tenía un aire triste. La contemplé larga, largamente. Algo me impulsó a verla como si nunca lo hubiera hecho y a retener su imagen, su presencia en el corazón palpitante del otoño. Ella llenaba el campo de una manera muy especial, investía de magia a todo lo que la rodeaba.

Esta imagen intensísima se iba a repetir muchas veces a partir de ahora. Lila estaba en el corazón del otoño, ahí habitaba, ahí tomaba significado. Ella creaba el otoño. Ella era el otoño.

Llegó hasta la casa, recargándose en la base de la ventana. Por primera vez la veía tal como era. Cercana, cálida, la emoción a flor de piel y la nostalgia envolviéndola toda. Se veía cansada y sin ánimo de luchar. Tampoco deseaba discutir. Sólo diría cosas muy profundas. Parecía que había hecho un esfuerzo muy grande para decidirse a venir, pero al fin estaba aquí.

Antes de que ella dijera algo, yo ya estaba perplejo. Después de un prolongado silencio y sin que hubiera tensión entre los dos —silencio que hizo que estuviéramos el uno tan cerca del otro como nunca lo habíamos estado— empezó a hablar.

—Es muy fácil marcharse y dejar que las ilusiones surjan para que se las lleve el viento —su lenguaje me resultaba extraño y sonaba a reproche.

—No sé a qué ilusiones te refieres —le respondí—, pero yo nunca he tratado de fomentarlas.

—Tú no entiendes, ni eres capaz de notar el sentimiento que puedes crear en otra persona —su voz era triste—. Tampoco percibes el sufrimiento al que puedes dar origen.

—Probablemente muchas cosas pasan desapercibidas para mí —le contesté, tratando de excusarme.

—Sí, probablemente... probablemente —dijo, y se quedó pensativa.



Continuamos hablando y diciéndonos todas aquellas cosas que sentíamos el uno por el otro. El sentimiento contenido en nosotros iba brotando cada vez con más fuerza.

Era extraño enfrentarse a aquel descubrimiento de un amor intenso, matizado por todo lo que nos rodeaba. Los dos habíamos dejado la iniciativa en manos del otro y sin embargo, ahora los dos queríamos compartir nuestra soledad y desbordar nuestros sentimientos de amor. ¡Qué cerca de nuestra intimidad habíamos llegado y cuánto nos necesitábamos el uno al otro!

A partir de ese momento el otoño se convirtió para nosotros en un caudal de sensaciones. Ya no era posible pensar en describir lo que veíamos y sentíamos. Tiempo y espacio dejaron de tener un significado lógico y pasaron a ser parte de nosotros mismos. Todo, absolutamente todo lo que nos rodeaba, nos invitaba a abrir nuestro ser y a

dejar que fluyeran libremente nuestras emociones. Éramos dos seres viviendo y amando intensamente al amparo de aquella impresionante naturaleza otoñal.

Lila prefería venir a mi casa, pues decía que la sentía muy acogedora. Solíamos tener la chimenea constantemente prendida, lo que hacía más agradable la casa. Desde temprano nos poníamos a leer o a escribir. Por la tarde nos sentábamos frente a la ventana a tomar café y ron y a contemplar el mar. En ocasiones platicábamos mucho sobre nosotros mismos; otras veces caíamos en profundos silencios impuestos por la majestuosidad del mar y del cielo.

Era necesario quedarnos callados y en profunda meditación para poder asimilar la belleza triste de aquellos colores que matizaban el horizonte. El crepúsculo nos conmovía hasta las lágrimas. Veíamos cómo el sol agonizante se hundía en el mar creando un para-



dójico incendio frío. Mientras el sol caía, las nubes y el mar creaban una eterna sinfonía de colores cuyo efecto era impresionante, debido a que la única luz dentro de la casa era la que despedía el fuego de la chimenea, produciendo un contraste extraño.

A pesar de que nos quedábamos sin palabras, entre Lila y yo se establecía una corriente de sentimientos que nos unía cada vez más. Es imposible decir cómo dos personas, en un silencio tan solemne, pueden llegar a tal proximidad. Por otro lado, nos necesitábamos mucho el uno al otro y esta necesidad

nos llevó a hacernos el amor. ¡Cuántas veces nos hicimos el amor!

Nuestra pasión parecía no conocer límites. Siempre terminábamos amándonos junto al fuego de la chimenea y teniendo como fondo, a través de la ventana, el cielo estrellado.

La penumbra de la casa, invadida por los demonios del fuego de la chimenea, y el calor que encerraba, hacían más grande nuestra intimidad.

Era tanta nuestra necesidad, nuestra pasión, y nuestra armonía, que cuando nos hacíamos el amor, nuestros cuerpos parecían cuerdas de una lira que tañían simultáneamente en perfecta ejecución.

La belleza de Lila era virginal y evocaba misterios muy remotos. Amarla con la pasión con que yo la amé y en medio de ese otoño de las costas del sur, me hacía pensar que era acercarme a los límites de la locura. Toda la soledad, el abandono, la confusión y los pesares que me abatían cuando llegué a Santa Cruz, con ella desaparecieron. Tuve la sensación de que en mí brotaba un ser nuevo, con una pasión arrolladora y un deseo de vivir muy

grande. Sobre todo descubría que por primera vez tenía una verdadera razón por la cual vivir: Lila.

Tenía también un temor; en el fondo de mí se ocultaba un sentimiento de duda en cuanto a que esta realidad pudiera ser permanente. Pensaba mucho en mi condición de hombre de ciudad y dudaba de mi fortaleza para poder soportar la intensidad del otoño en Santa Cruz.

Día a día el otoño se iba transformando más y más en Lila; los árboles y la lluvia, el mar agreste, las nubes plomizas, los crepúsculos, los pescadores de Santa Cruz, las colinas, todo.

Con estas vivencias pasaron interminables, largos días.

Una mañana desperté muy inquieto. Me fui a preparar café, pues el frío se había incrementado notablemente. Mi inquietud no terminaba, me hacía mucha falta Lila, y constantemente me asomaba a la ventana para verla llegar. El tiempo transcurría y Lila no llegaba.

Realmente esperé en vano.

Caminé hasta su casa para llamarla y la casa estaba deshabitada. Angustiado bajé al pueblo a buscarla, pero nadie supo darme razón de ella. Esperé y esperé y Lila nunca llegó. Desapareció misteriosamente, como había llegado. Poco a poco me fui resignando. El frío cada vez más intenso, me hizo sentir muy triste.

Decidí marcharme de Santa Cruz, empaqué mi equipaje y en una mañana fría tomé el tren que me llevaría de vuelta a la ciudad.

La nieve empezaba a caer. Su presencia era un claro indicio de que el invierno comenzaba. Había terminado el otoño. Lila era el corazón del otoño y al marcharse se lo había llevado. Lila era el otoño.

Después de todo, de una cosa estoy seguro; para mí nunca volverán a haber más otoños ☉

